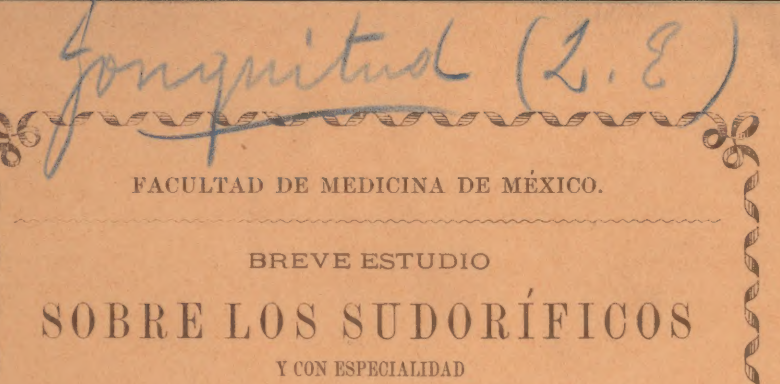


FACULTAD DE MEDICINA DE MÉXICO.

BREVE ESTUDIO

SOBRE LOS SUDORÍFICOS

Y CON ESPECIALIDAD

DE LA PILOCARPINA

COMO UN PODEROSO AUXILIAR EN EL TRATAMIENTO DE LA SÍFILIS.

TÉSIS INAUGURAL

Que para el exámen general de Medicina, Cirujía y Obstetricia, presenta al Jurado Calificador,

Leonides E. Jonguitud

Alumno de la Escuela Nacional de Medicina de México, Ex-Practicante del "Hospital Juarez," Practicante del "Hospital general de San Andrés" y Miembro de la "Sociedad Filoiátrica"



MEXICO.
IMPRENTA DE BERRUECO HNOS., PRIMERA CALLE ANCHA NUMERO 12.

1885.

Sr. Dr. José Ma. Bandera.

FACULTAD DE MEDICINA DE MÉXICO.

BREVE ESTUDIO

SOBRE LOS SUDORÍFICOS

Y CON ESPECIALIDAD

DE LA PILOCARPINA

COMO UN PODEROSO AUXILIAR EN EL TRATAMIENTO DE LA SÍFILIS.

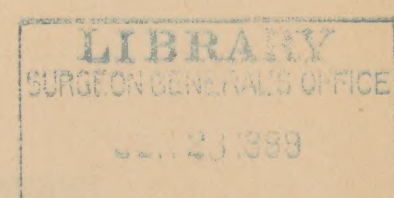
TÉSIS INAUGURAL

Que para el exámen general de Medicina, Cirujía y Obstetricia, presenta al Jurado Calificador,

Leonides E. Jonguitud

Alumno de la Escuela Nacional de Medicina de México, Ex-Practicante del "Hospital Juarez," Practicante del "Hospital general de San Andrés" y Miembro de la "Sociedad Filoiátrica"





MEXICO.

IMPRENTA DE BERRUECO HNOS., PRIMERA CALLE ANCHA NUMERO 12.

1885.

A LA

Sagrada memoria de mis Padres



A mis hermanos.

Cariño fraternal y tributo de mi eterna gratitud, por el amparo con que me han protegido para llegar al fin de mi carrera.



AL SEÑOR DOCTOR MANUEL MEDINA,

A quien debo una solicitud paternal.

A LOS DISTINGUIDOS PROFESORES

Dres. Demetrio Mejía y Francisco de P. Chacon.

Pequeña manifestacion de agradecimiento.

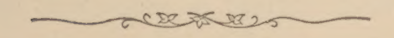


AL DOCTOR JUAN PUERTO,

Por las inmerecidas consideraciones con que me ha distinguido.

AL DOCTOR PORFIRIO PARRA,

Su discípulo agradecido.



A todos mis maestros,

TESTIMONIO DE ETERNO AGRADECIMIENTO.

[illegible]

A primera vista nada más sencillo que tratar de las enfermedades sifilíticas; pero nada difícil y complicado es el camino que tiene que recorrerse en la práctica. La marcha larga é insidiosa de la enfermedad, la rebeldía de los síntomas, el largo intervalo que existe por el intermedio del contagio [illegible] y por último, la multitud de muchos síntomas complicados por los [illegible] y [illegible], un camino [illegible] que tiene [illegible] por [illegible] para [illegible] de la [illegible] y [illegible] el enfermo sea por [illegible], los [illegible] accidentes que pueden [illegible], si [illegible] el tratamiento y si no se [illegible] de tiempo verdaderamente largo, esto no es tan fácil como se podría creer; el enfermo que llega un día á ser infectado, nunca puede sospechar que un insignificante síntoma sea el precursor de graves accidentes ulteriores; en tal virtud [illegible] y [illegible] en [illegible] una [illegible] como la llama [illegible] [illegible]

A primera vista nada más sencillo que tratar de las enfermedades sifilíticas; pero ¡cuán difícil y espinoso es el camino que tiene que recorrerse en la práctica! La marcha larga é insidiosa de la enfermedad, la rebeldía de los enfermos, el horror inveterado que existe por el mercurio y el ioduro de potasio, y por último, la multitud de medios empíricos empleados por los charlatanes, forman un escollo terrible que tiene que vencer el práctico, empleando para ello los consejos de la moral, y señalando al enfermo uno por uno, todos los terribles accidentes que pueden sobrevenirle, si descuida el tratamiento y si no se somete á él por un tiempo verdaderamente largo; esto no es tan fácil como se podria creer; el enfermo que lleva un chancro infectante, nunca puede sospechar que ese insignificante síntoma sea el precursor de graves accidentes ulteriores; en tal virtud desoye los sanos consejos del práctico y espera tan solo que ese pequeño accidente, como le llama el vulgo, desa-

parezca para abandonar todo tratamiento, dejando, por consecuencia, enteramente libre á la enfermedad para enseñorearse en todo el organismo.

El estudio de las enfermedades sifilíticas constituye una suma de conocimientos tal, que puedo decir sin temor de equivocarme, que se necesitan algunos años de práctica y estudio para conocerlas.

Por lo mismo imploro la benevolencia de mi respetable Jurado, para que vea tan solo en este imperfecto estudio, la dedicacion que un practicante ha tenido para hacerse acreedor á recibir el honroso título de Médico.

***

Algunos autores opinan que la sífilis apareció á fines del siglo XV, y desde entonces viene siendo el azote que aflige á la humanidad. Nacida ó mejor conocida desde esta época, ha seguido su marcha, degenerando las razas y corroyendo las sociedades, sin que hasta hoy se cuente en la ciencia con un medio seguro para hacerla desaparecer. De aquí el afan que constantemente se ha tenido en buscar algo con que se pueda contribuir para su curacion, ó cuando ménos para disminuir sus terribles estragos.

Multitud de defectos hay en la mayor parte de las obras que se han escrito sobre las enfermedades si-

filíticas, y me atrevo á decirlo, porque consta á todo el mundo médico; pero estos defectos más bien se encuentran en las obras que se escribieron ántes del año de 1600, pues en ellas no están bien circunstanciados los síntomas, las causas no se manifiestan bien, y lo que más importa al práctico, el método curativo que en ellas se expone, no es bastante seguro ni eficaz, pues se confía mucho del guayacan, sasafras y zarzaparrilla, no haciendo justicia al mercurio.

Estos defectos no deben en gran parte imputarse á los autores, sino al siglo en que escribieron, mereciendo excusa, si se considera que en esa época no se conocian los verdaderos remedios empleados hoy.

Por lo mismo debemos decir como Plinio: "Dar á los antiguos las gracias de la novedad, confirmar lo nuevo, aclarar lo oscuro, demostrar lo dudoso, volver el honor á lo que estaba despreciado, hacer gastar lo que ya se habia dejado, y representar cada cosa con los colores más naturales y que más le convienen."

Los médicos que vieron aparecer el mal venéreo en Europa, se sorprendieron con la novedad y violencia de este mal, de modo que estuvieron mucho tiempo dudosos, sin saber qué partido tomar, ni atreverse á emprender la curacion de una enfermedad, que juzgaban no poder ellos curar.

En 1500, Torrella asegura que los médicos huian de curar esta enfermedad, confesando que de ella nada conocian.

Juan Almenara, español que escribió antes del año de 1516, se lamentaba de la crasa ignorancia de los médicos en la curacion de esta enfermedad.

En Alemania causó gran admiracion la aparicion de dicho mal, y Hulrich de Hutten refiere por el año de 1519, que los médicos de Alemania estuvieron callando dos años despues de su aparicion, y que léjos de curar á los enfermos, no querian ni aun verlos, tanto era el horror que les causaba este mal; al grado que dice Lorenzo Phrisio, médico de Metz, que los afectados de esta enfermedad fueron desterrados de la sociedad, como cadáveres podridos, y precisados á habitar en las selvas y bosques, abandonados por los médicos, que no querían tomar parte en su curacion.

Los médicos franceses se encontraron tan confusos como los demás.

Habiendo tomado gran incremento la enfermedad, los médicos se avergonzaron de haber faltado á su obligacion en tan graves circunstancias, y emprendieron su curacion; es decir, más por vergüenza, que porque tuviesen esperanza de conseguirla.

***

Entro pues en la cuestion del tratamiento, procurando contraerme más especialmente á los sudoríficos, objeto de esta tésis.

Gaspar Torrella dice: que el mejor modo que ha hallado para curar los dolores y aun las pústulas, es el de hacer sudar al enfermo en un horno caliente, ó en una estufa, por espacio de quince dias, en ayunas. Como se vé, el método sudorífico comenzó á tener su aplicacion por el año de 1500.

De las Indias Occidentales fué á Europa el guayaco y palo santo, que segun se decia, curaban perfectamente el mal venéreo, y fueron recibidos con extraordinario aplauso, y como soberanos específicos.

El guayaco no fué conocido en Europa sino por los años de 1508 á 1517; el primer enfermo á quien se le administró, por órden del médico Brassavole, fué al célebre Eneas Pio, que vivia en Ferrara por el año de 1551, con el cual vieron sano á este ilustre enfermo. Pero esto me parece que debe referirse al tiempo en que por la primera vez se usó dicha sustancia en Ferrara, y no á la época en que empezó á conocerse en Italia.

En 1526 el español Francisco Delgado, publicó en Venecia una obra escrita en italiano sobre el modo de administrar el palo santo, y en la cual dice, que esta medicina y el guayaco no se conocieron en España, sino en el año de 1508, y en Italia hasta el 1517, y finalmente en lo restante de Europa, en los años siguientes.

Hay dos géneros de palos de Indias: uno es sólido, compacto y resinoso, que tiene las fibras entretejidas de diferente modo, de un gusto acre un poco amargo

y aromático; los indígenas le llaman hiacam ó huiacam y los europeos guayaco: elotro leño se asemeja al anterior en su solidez, en la textura de sus fibras, en su gusto y olor, pero es más amarillo; á éste le llaman los indios hoaxacan, y los europeos palo santo.

El modo como se emplearon estas sustancias, fué en cocimiento.

Unos dias antes, el enfermo era purgado y mantenido con un ligero alimento; se le ponia en una pieza en la cual se calentaba el aire, tapando bien todas las rendijas; por la mañana muy temprano se le daba en la cama un vaso del cocimiento bien caliente, y arropándolo, se le hacia sudar por dos ó tres horas; pasadas cuatro, le daban un ligero alimento compuesto de bizcochos, pasas y almendras, y le daban á beber un segundo cocimiento; cuatro horas despues volvia á tomar otro cocimiento, tomando el alimento anterior. Si el enfermo estaba delicado, flaco y sin fuerzas para resistir tan rigorosa abstinencia, le daban un poco de pan, pasas y caldo de gallina, y algunos dias despues, un cuarto de pollo cocido sin sal; este método se observaba por quince dias, despues se le purgaba con maná ó tamarindo; pasados cuatro ó cinco dias se volvia al primer tratamiento, observándolo por un mes ó un poco más.

Finalmente, al terminar la curacion, le purgaban de nuevo y salia de la pieza calentada, á otra donde permanecia hasta que se creia conveniente que pudiese resistir las impresiones del aire.

A este tratamiento fueron sometidos más de dos mil enfermos, curando casi todos, segun dice Cárlos V.

Hutten, médico que padeció nueve años la sífilis, teniendo dolores osteócopos, exostosis, úlceras y cáries, dice fué sometido á las unciones mercuriales y no sanó sino con el cocimiento de guayaco, segun el método referido.

Poco tiempo duró el entusiasmo por el guayaco, pues muchos enfermos murieron por el riguroso sistema dietético á que se les condenaba, así como por el excesivo sudor.

En tal virtud, el guayaco fué administrado en dósis infinitamente pequeñas, al grado de no producir su efecto sudorífico, es decir, se cayó en el defecto contrario.

Poco tiempo despues apareció la raiz de China, la cual fué acogida con gran novedad, y olvidando los beneficios recibidos por el guayaco, le relegaron al olvido, solo por los inéxitos que por su mala aplicacion obtuvieron.

Pronto vieron lo ineficaz de dicha sustancia, pues como sudorífico era superior la primera.

Los médicos de aquella época estaban verdaderamente asustados con la enfermedad venérea, para ellos era una pesadilla, una sombra que por doquiera los seguia; en tal virtud acogian con festinacion y sin juicio, las sustancias que se proclamaban como buenas para curar dicho mal.

La zarzaparrilla y el sasafras vinieron despues de la raíz de China, y á su vez fueron tambien empleados, reconociendo que no eran superiores al guayaco.

Despues se hizo un cocimiento de los leños del guayaco, sasafras y las raices de China y zarzaparrilla; á este cocimiento añadian generalmente las hojas de sen, y lo daban unas veces como simple sudorífico y otras como purgante y diaforético: algunos machacaban un pedazo de antimonio, lo colocaban en una bolsa de trapo y lo ponian tambien á hervir junto con las otras sustancias, y además agregaban orozus.

En la época á que me refiero, se emplearon multitud de sustancias, tanto por los médicos como por los charlatanes, y sin que ninguna tuviese las virtudes que el guayaco.

A principios del año de 1790, Nícolás Viana, natural de Pátzcuaro, se presentó al Proto-medicato de esta Capital, con el fin de dar á conocer un específico que poseía para curar el gálico, asegurando que no intervenia para nada el mercurio, sino solamente unas raíces y plantas indígenas, propias tan solo del suelo mexicano. Las raíces son: una del agave americano ó maguey, y la otra de la begonia balmisiana; esta última se encuentra en Michoacan.

Empleó Viana, para tratar á los enfermos sifilíticos del Hospital de San Andrés que se le confiaron, un cocimiento sudorífico, compuesto de pulque, raíz de maguey, carne de víbora y una rosa de Castilla.

La begonia la daba como purgante; añadiré que tambien hacia uso del sasafras, sauco y goma de limon, para hacer sudar á los enfermos.

El Dr. Balmis sustituyó el pulque por la sidra, quitó la carne de víbora y solo dejó la raíz del maguey y la begonia; con esto dice que en España consiguió muchas curaciones del mal venéreo, segun lo expresa en su obra escrita en 1794.

El Dr. D. Pedro Diez de Bonilla dice en *El Observador Médico*, que la raíz del agave es un sudorífico superior al jaborandi; me parece que en esto ha sufrido un error, pues bien conocidos son los efectos del jaborandi y que hasta hoy no hay otro igual.

En cuanto á las pretendidas curaciones con el agave y begonia, solo diré que de las observaciones en que se apoya el Dr. Balmis, algunas adolecen: primero, del defecto de la época en que se creia que la blenorragia, chancro y bubon no específico, eran sifilíticos; además, en muchos enfermos la historia es incompleta, y termina diciendo que los perdia de vista.

El Dr. Puerto sujetó á algunos sifilíticos al uso de la raiz del agave y begonia, habiendo recibido de la primera, dos tercios que le remitió de la hacienda de Quintanilla, su dueño el Sr. D. José de la Luz Moreno.

En ningun caso el efecto sudorífico es comparable con el jaborandi, su accion sobre la sífilis es nula, y por último, á los diez ó doce dias produce náuseas al enfermo y ya no puede tomarla.

Pasemos al jaborandi: por los años de 1874 á 1875, llegó á esta Capital dicha sustancia, y parece que quien primero la recibió fué el Sr. D. Maximino Rio de la Loza. Por más investigaciones que he hecho con los Sres. Dominguez, Andrade, Laso de la Vega, etc., no he podido saber nada en realidad, pues todos ignoran la fecha en que nos llegó; el Sr. Puerto fué quien me dijo que podia asegurarme que el Sr. Rio de la Loza, en la época mencionada, fué el que por primera vez la recibió y nos la dió á conocer.

El jaborandi y su alcaloide la pilocarpina, no tienen, en mi humilde concepto, una accion específica contra la sífilis, pero su accion diaforética mejora sí mucho la salud de los enfermos.

Esta última sustancia puede emplearse en solucion para beber ó en inyecciones hipodérmicas. Ambos modos de administracion tienen sus ligeros inconvenientes; el primero provoca algunas veces náuseas y vómitos, casi siempre tolerados por los enfermos luego que ven el beneficio de su medicacion; el segundo tiene inconveniente para muy pocos enfermos, solo por el pequeño dolor que les causa el piquete dado con la aguja de la jeringa de Pravaz.

Para terminar voy á referir, de las muchas observaciones que el Dr. Puerto podia proporcionarme de su clientela civil, dos de las más recientes. Las demas he tenido ocasion de seguirlas personalmente, bajo su misma direccion, en el hospital de San Andrés, como confirmacion del uso que de la pilocarpina he-

mos hecho para curar enfermos sifilíticos; sin que por esto se infiera que considere como específico el sudorífico de que me ocupo, ni que por él se deban abandonar los demas medios que hoy conocemos, pues solo lo aprecio, como lo indica el título de esta tésis, como un auxilio poderoso del cual el médico puede disponer con ventaja en ésta, lo mismo que en otras muchas enfermedades.

OBSERVACIONES.

I.

N. H., dependiente de una casa de comercio de esta Capital, padeció á mediados de Noviembre de 1884 un prúrigo de naturaleza sifilítica, del cual lo estuvo atendiendo el Dr. Puerto, administrándole por un tiempo bastante largo el tratamiento llamado específico, sin que se hubiera conseguido ningun alivio; desesperando ya por la persistencia de este padecimiento, el Dr. Puerto inyectó la pilocarpina á este enfermo: viendo el éxito que obtuvo por este medio, repitió una segunda inyeccion de la misma sustancia, con la que consiguió hace cuatro meses la desaparicion de aquella manifestacion, sin que hasta la fecha su cliente haya vuelto á sufrir las consecuencias de su diátesis.

II.

D. N. que padece hace algunos meses una diátesis sifilítica, vino á esta Capital por los primeros dias de Enero del presente año, despues de un largo tratamiento específico, á curarse de extensas placas mucosas situadas en los pilares de los dos lados del istmo de la garganta. El Dr. Puerto, con estos antecedentes, creyó inútil seguir el uso de los mercuriales y le administró una bebida compuesta de diez gramos de agua, tres centígramos de pilocarpina y ocho gramos de jarabe simple, con lo que obtenia en su enfermo, sudores y salivacion abundantes; repitió esta misma bebida dos veces á la semana, y el dia 20 de Enero del presente año, en que tuve ocasion de ver á este enfermo, por favor del Sr. Puerto, las placas mucosas estaban en perfecto estado y próximas á cicatrizar por completo.

III.

E. G., natural de Puebla, de 31 años de edad, soltero, de oficio tejedor, de temperamento linfático, entró al Hospital general de San Andrés el 7 de Marzo de 1884, á curarse de un ectima sifilítico, situado en los miembros inferiores. Cuenta que hace tres años padeció pequeñas úlceras esparcidas en el glande y bubones no supurados en las dos íngles; que tuvo

ántes y despues de este padecimiento, dolores en los muslos y anginas. Desde este tiempo siguió en sus ocupaciones, sin más sufrimiento que sus dolores, con intermitencias. En Noviembre de 1883 contrajo una blenorragia y una úlcera, que tuvo por sitio tambien el glande, á ésta, acompañó un bubon que terminó por supuracion. El mártes de Carnaval de 1884, se sintió con malestar, calosfrio, dolor de cuerpo, sobre todo en los huesos de las piernas, y por la noche. En este estado duró cinco dias, al fin de los cuales le apareció la erupcion indicada.

A su entrada al hospital se notaba en este enfermo un ligero enflaquecimiento, palidez bien marcada, infarto ganglionar en la parte posterior del cuello y en las íngles, y la erupcion mencionada.

Del dia 8 al 16 fué sometido en el servicio de mi distinguido maestro el Dr. Dominguez, al tratamiento mixto, sin que se hubiera notado ningun alivio en sus males.

El dia 17 mi apreciable amigo el Dr. Antonio Guerrero, que entónces quiso emprender este trabajo, y que abandonó, por no contar con el tiempo suficiente para continuar sus observaciones, inyectó un centígramo diario de clorihidrato de pilocorpina, hasta el dia 25 del mismo mes, fecha en la cual el enfermo estaba enteramente curado de su erupcion, por la desecacion progresiva de las pústulas.

Como seguia quejándose de sus dolores osteócopos, con objeto de ver la accion de la pilocarpina so-

bre esta manifestacion, seguí personalmente inyectando cada tercer dia, centígramo y medio del mismo clorihidrato, hasta el 2 de Abril en que nada se pudo conseguir. Lo sometí entónces, de acuerdo con el Dr. Puerto, al ioduro de potasio á dósis creciente; pero sea por la constitucion del enfermo ó por sus propios descuidos, sus dolores han continuado con los mismos caractéres que al principio.

Al ioduro de potasio que se le administró, no intenté combinar la pilocarpina porque lo impedia ya el estado del enfermo, que por su inaccion estaba un poco agotado.

IV.

C. S., natural de Guanajuato, de 39 años de edad, albañil, de temperamento sanguíneo linfático, entró al Hospital general de San Andrés el 17 de Marzo de 1884, á curarse de algunas placas mucosas, situadas en diversos puntos del istmo de la garganta y tres úlceras, resultado de gomas supuradas esparcidas en la frente. Como antecedentes, cuenta haber padecido hace seis años una úlcera situada en el glande, á un lado del frenillo, de la que sanó en ménos de veinte dias; con esta úlcera vinieron dos bubones supurados, uno en cada ingle, y de los cuales uno curó á los dos meses, y el otro hasta los catorce despues de su aparicion. Siguió sus ocupaciones desde esta vez sin padecer ninguna enfermedad, hasta el año de 1881

que tuvo otra úlcera en la misma region, acompañada tambien de un bubon supurado en la ingle derecha y del que se alivió en poco tiempo; cuatro meses despues tuvo dolores en los miembros inferiores, los que le parecian exacerbarse por la noche, úlceras en la garganta y una erupcion que invadia los miembros superiores é inferiores. De las úlceras de la garganta curó en muy corto tiempo, de la erupcion y de sus dolores á los ocho meses. Permaneció bien hasta Julio de 1883, en que le volvieron los dolores que hemos mencionado, con el mismo carácter, los que persistieron hasta su entrada al hospital, habiéndose agregado en Diciembre del mismo año, como en épocas anteriores, placas mucosas en la pared posterior de la faringe, en el velo del paladar, y úlceras en las antiguas cicatrices de la cara. En este estado entró á curarse al Hospital de San Andrés.

Se notaba entónces en el enfermo un ligero enflaquecimiento, trayendo, además de todo lo mencionado, sus pléyadas ganglionares en las dos íngles.

Como este enfermo habia sido ya sometido en otra ocasion, al uso del mercurio y del ioduro de potasio, sin que hubiera conseguido mejorarse de sus últimas manifestaciones, y puesto que todos los recursos estaban agotados, creí estar autorizado para aplicar los sudoríficos hasta donde la prudencia del caso lo exigia.

El 18 de Marzo comencé á inyectarle un centígramo diario de clorihidrato de pilocarpina, por espacio

de cinco dias, observando en cada inyeccion, pero con más abundancia en los tres primeros, la sudacion y salivacion, efectos esenciales de este alcaloide.

Las úlceras de la cara supurando muy poco, desde el dia 22 comenzaron á secar y á cicatrizarse rápidamente.

El dia 23, viendo disminuir la accion del sudorífico, aumenté la dósis á centígramo y medio, inyectando solo cada tercer dia, hasta el 2 de Abril, fecha en la cual el enfermo estaba enteramente bien de sus manifestaciones, comprendiendo aun las placas mucosas, á las que no hice más que tocar con glicerina, en todo ese tiempo, y los dolores que le habian afligido hasta su llegada al Hospital

Al tratamiento anterior, agregué el uso del vino de Hidalgo Carpio. y una alimentacion lo mejor que las circunstancias permitian.

V.

El dia 1.° de Abril entró al Hospital general de San Andrés, F. C., natural de Oaxaca, radicado en México desde el año de 1881, de edad de 22 años, escribiente, de temperamento linfático. Dice haber padecido á principios de 1883 una blenorragia que desapareció en veinte dias; en Febrero del mismo año tuvo dos úlceras pequeñas, que tenian por sitio los lados del frenillo, y un bubon en cada ingle, de los que ninguno supuró. A los quince dias de su

principio, úlcera é infarto habian curado. A fines de Marzo del mismo 1883, sintió un malestar general y dolores en todo el cuerpo, segun él expresaba, y una erupcion en la caja torácica y en los miembros superiores é inferiores.

Sin embargo de sus padecimientos, este enfermo siguió en sus ocupaciones, atendiéndose en cuanto le era posible. No teniendo más recursos para continuar su curacion, vino á este Hospital con su infarto en la parte posterior del cuello y en las íngles, y una erupcion de ectima, en la extension que hemos marcado.

Se le sometió desde el dia siguiente de la fecha de su entrada, á la accion de la pilocarpina, inyectando un centígramo diario hasta el dia 8. Despues aumenté la dósis á centígramo y medio, usándola solo cada tercer dia, hasta el 25 del mismo Abril.

Desde el dia 4 pude notar perfectamente, que las pústulas se secaban tomando un color moreno oscuro. El dia 10 algunas costras habian caido.

El enfermo estaba curado de sus accidentes, y quedándole solo el infarto de los gánglios inguinales, se le dió su alta.

VI.

J. B., natural de México, de treinta años de edad, viudo, comerciante, de temperamento mixto, entró al Hospital general de San Andrés el 11 de Abril de

1884. Hace 10 años tuvo una blenorragia que le dilató tres meses para su completa curacion; el año de 1876, dice, tuvo una úlcera pequeña, situada en el frenillo, á la que acompañó un bubon supurado. Ambos padecimientos curaron en ménos de dos meses. A principios de 1880 comenzó á sentir dolores en losmiembros inferiores, marcados sobre todo por la noche y de los que se mejoró en pocos meses, volviéndole solo por intervalos más ó ménos lejanos, hasta Marzo de 1884, en que de nuevo le atacaron con la misma intensidad que á su principio y con los mismos caractéres. A estos dolores siguió una erupcion de ectima, esparcida en los miembros inferiores. Vino al Hospital en este estado, y con un infarto ganglionar bien caracterizado en las dos ingles.

El dia 12 del mes de su llegada á San Andrés comencé á darle dos cucharadas diarias de vino de quina, en sus horas de comida, una alimentacion suficiente y á inyectarle un centígramo diario de clorihidrato de pilocarpina, hasta el 16. A esta fecha las pústulas no habian sufrido modificacion perceptible, y como el efecto de la pilocarpina se hacia marcar poco, á la dósis á que habiamos comenzado, la aumenté á centígramo y medio, tambien diariamente, hasta el 18 en que las pústulas empezaban á secar, tomando un color negro.

Despues de la última fecha se le siguieron las inyecciones á la misma dósis hasta el 26, en que la cicatrizacion estaba terminada y el enfermo curado de

sus accidentes, quedándole únicamente sus dolores osteócopos, aunque con ménos fuerza que ántes.

Por no prolongar más tiempo el uso del sudorífico. se le comenzó á administrar el ioduro de potasio desde el dia 18, con lo que quedó enteramente bien, y se le dió su alta pocos dias despues.

VII.

M. M., natural de México, de 18 años de edad, de oficio jicarero, de temperamento mixto, entró al Hospital general de San Andrés el 17 de Abril de 1884. Relata haber padecido en Abril de 1883, una erupcion en la cabeza, cuyos caractéres no pudo definir, y que curó de ella hasta los cuatro meses. En Diciembre del mismo 1883, le repitió el padecimiento de que venimos hablando; pero en esta ocasion, se alivió en muy poco tiempo. En Noviembre del referido 1883, tuvo una pequeña úlcera á un lado del frenillo y un bubon en cada ingle. De la primera sanó á los dos meses de su aparicion, y los segundos se resolvieron, segun la expresion del enfermo, á los veinte dias.

A su entrada al hospital traia placas mucosas en la garganta y en diversos puntos del escroto, y una erupcion de acnea sifilítica, esparcida á todo el cuerpo.

El 18 comencé su tratamiento, inyectándole un centígramo diario de clorihidrato de pilocarpina, pro-

duciendo con esta dósis sudor y salivacion abundantes, hasta el dia 23.

Desde el 21 las pústulas comenzaron á secarse y á desaparecer, esencialmente las de los brazos y piernas.

Del 23 al 30 se le continuó cada tercer dia el uso de la pilocarpina, bajo la misma forma y á la misma dósis, sin que sus efectos hubiesen disminuido de un modo notable, como lo hemos visto en observaciones anteriores.

Para el 1.º de Mayo, la erupcion, siguiendo la marcha anteriormente indicada, y las placas mucosas, tanto las de la garganta, que no habian sufrido más que la influencia local del clorato, como las del escroto, á las que solo se les aplicaba, tambien localmente, pomada con óxido de zinc, todo habia completamente desaparecido.

El dia 4 de Mayo el enfermo, curado de sus manifestaciones, salió de alta.

VIII.

N. P., natural de México, de 37 años de edad, casado, de oficio carpintero, de temperamento mixto, entró al Hospital general de San Andrés, el 26 de Mayo de 1884. Cuenta haber padecido hace algunos años de tifo y que en Febrero del mismo 1884, contrajo una pequeña úlcera situada en el prepucio, á

la que acompañaron dos bubones duros, uno en cada íngle. La úlcera, que supuraba muy poco segun él decia, curó en el término de quince dias, y el infarto, en un estado crónico, persiste aún. Poco tiempo despues le sobrevino una nueva úlcera que tenia por sitio el frenillo, la que no habiéndose atendido oportunamente se hizo fagedénica. En los primeros dias de Mayo comenzó á aparecerle una erupcion generalizada á todo el cuerpo.

A su entrada al Hospital traia la úlcera tal como la hemos mencionado, y la erupcion que entónces consistia en placas de psoriasis, de color rojizo y cubiertas en su circunferencia de pequeñas escamas.

Para curar su chancro se le instituyó el tratamiento conveniente, y á mediados de Junio estaba éste enteramente bien.

Con objeto de combatir sus accidentes secundarios, desde el 28 de Mayo comencé á inyectarle un centígramo diario de clorihidrato de pilocarpina, por la noche, hasta el 3 de Junio en que las placas psoriásicas situadas en la cara habian por completo desaparecido, miéntras las del resto del cuerpo permanecian en su mismo estado.

Del 4 al 12 continué, á la dósis de centígramo y medio, el uso de la pilocarpina, bajo la misma forma, solo cada tercer dia, sin que la erupcion hubiera sufrido alguna modificacion más.

Satisfecho de que la accion sudorífica sola no ejercia influencia sobre el padecimiento, la continué con

los mercuriales, siguiendo la administracion de la pilocarpina, como lo acabamos de decir, y le dí dos cucharaditas diarias de licor de Van-Swieten, repartidas en el dia.

El dia 22 del citado Junio, habiéndole aparecido la estomatitis mercurial, no obstante abundantes sudores que se producian, suspendí este tratamiento y tomó por algunos dias clorato de potasa, haciendo á la vez buches emolientes, que contenian la misma sustancia. La estomatitis curó, pero la erupcion ni aun por este medio pudo modificarse.

Cambiando su tratamiento por completo, dí al enfermo desde 1.º de Julio, el ioduro de potasio á dósis creciente hasta el dia 15, sin haber conseguido absolutamente nada en beneficio de su salud. En esta fecha se le dió su alta.

IX.

El dia 1.º de Julio de 1884, entró al Hospital general de San Andrés, L. C. natural de México, de 24 años de edad, pintor, de temperamento sanguíneo. Dice que en 1873 se lastimó la rodilla derecha, á consecuencia de un golpe dado por un caballo. De esta lesion conserva caractéres bien claros, pues le persiste una anquilosis completa de la articulacion mencionada. En Julio de 1883 tuvo una blenorragia, de la que se alivió en poco ménos de un mes. Tres

meses despues padeció de nuevo la blenorragia, debida en esta ocasion, probablemente, á un chancro situado en el canal uretral, á juzgar por los síntomas que la acompañaron y siguieron. Tuvo en la misma época un bubon que no supuró. La blenorragia tardó para su completa curacion, algo más de sesenta dias, y el infarto ganglionar persistia aún hasta la fecha de su entrada. En Junio de 1884 le apareció, á juzgar por el estado en que llegó, una erupcion de impétigo esparsa, que invadia los miembros inferiores. Vino al Hospital en la fecha citada, con sus padecimientos, como lo hemos mencionado.

Del 2 al 12 inyecté cada tercer dia un centígramo de clorihidrato de pilocarpina.

Los dias 3, 4 y 5 no habia nada notable que poder observar; el 7 las placas impetiginosas comenzaban á secarse, formando costras duras de un color amarillo sucio, continuando la misma marcha los dias siguientes.

El dia 13, viendo disminuidos los efectos de la pilocarpina, subí la dósis á centígramo y medio, inyectando como al principio, con el mismo intervalo de tiempo, hasta el dia 20 en que las costras todas estaban enteramente secas y comenzaban á desprenderse.

Del 21 al 28, época en que el enfermo estaba ya enteramente curado de sus manifestaciones, continué únicamente el tratamiento tónico, que tambien le habia instituido desde el principio. El dia 30 se le dió su alta.

X.

C. A., natural de México, de 30 años de edad, viudo, fundidor, de temperamento sanguíneo-linfático, entró al Hospital general de San Andrés, el 24 de Julio de 1884. Cuenta haber padecido hace cuatro años una blenorragia, de la que sufrió por más de tres meses, y á la que acompañaron dos bubones, de los cuales, el que tuvo por sitio la ingle izquierda supuró y curó en poco más de dos meses; el de la ingle derecha se resolvió, segun refiere el enfermo, en quince dias. Cinco meses despues del principio de sus padecimientos, comenzó á sentir molestias en la garganta por algunas úlceras que entónces tenia en esta region, y de las que pude encontrar cicatrices en los pilares izquierdos y en la parte posterior derecha de la pared de este lado. Curó de ellas en ménos de veinte dias. En Abril de 1884, tuvo una úlcera pequeña á un lado del frenillo, otra situada en el prepucio y una erupcion que no se podia clasificar con los solos datos dados por el enfermo, situada en la cara y en la caja torácica.

En este estado vino al Hospital en la fecha mencionada. La erupcion era, segun la respetable opinion del Dr. Puerto, un impétigo esparsa, con excepcion de la de la cara, que tenia más bien los caractéres de la mentagra.

El 25 de Julio comencé á inyectarle un centígramo diario de clorihidrato de pilocarpina, hasta el dia 8 de Agosto. A esta fecha las placas de impétigo situadas en la caja torácica se habian desprendido, y las úlceras que ellas cubrian estaban cicatrizadas, quedando la erupcion de la cara, que no habia sufrido modificacion alguna.

Del 9 de Agosto en que la accion de la pilocarpina era ya poco marcada, hasta el dia 22 del mismo mes, inyecté centígramo y medio cada tercer dia.

Como en este último período la erupcion de la cara persistia, por no prolongar más la sudacion y puesto que no daba ningun resultado, sometí al enfermo al tratamiento mercurial y apliqué localmente pomadas azufradas, con objeto de combatir tambien el carácter parasitario.

El 2 de Setiembre le apareció la estomatitis mercurial, por cuyo motivo suspendí el uso de esta medicacion, y administré, para combatir este accidente, el clorato de potasa al interior y en buches emolientes.

Hasta el 14 del último mes citado, en que el enfermo pidió su alta, la erupcion persistente de la cara habia permanecido en el mismo estado, no obstante el tratamiento llamado específico.

CONCLUSIONES.

1.° Los sudoríficos han sido empleados para combatir la sífilis, poco tiempo despues de su aparicion, y los resultados obtenidos fueron favorables.

2.° Como auxiliares del mercurio y ioduro de potasio, los éxitos han sido casi siempre satisfactorios.

3.° De los cuatro leños sudoríficos, se ha empleado con mejores resultados el guayacan.

4.° La raíz del maguey, en su accion sudorífica, es inferior al sasafras, guayacan y zarzaparrilla.

5.° El jaborandi y su alcaloide, la pilocarpina, son un poderoso auxilio para combatir los accidentes de la sífilis.

6.° Absorbida la pilocarpina por el estómago, dá tan buenos resultados como en inyecciones hipodérmicas, y el práctico debe escoger uno ú otro medio, segun sea el caso que se presente.

Este es el resultado de mi pequeño trabajo, muy defectuoso sin duda, á pesar de mis esfuerzos y de mi buena intencion para presentar á mi ilustre Jurado algo que fuera digno de su atencion.

LEONIDES E. JONGUITUD.